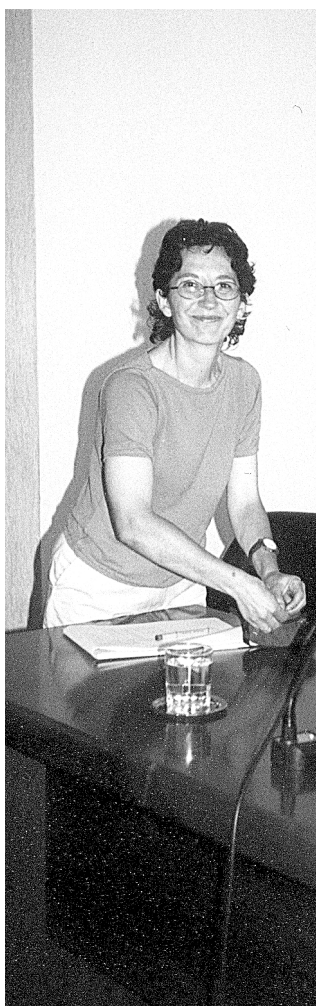


# ¿Cuál es el sentido de la vida para el militante del Instituto E. Mounier?

*Nuestra felicidad es ésta: «hacer lo que se debe y querer lo que se hace». Aunque para ello hay que exponerse al sufrimiento, al dolor, a la persecución, al desprecio. Optimismo trágico lo llamaba Mounier. Pero esto no es tarea de un hombre solo, sino de una organización militante, y en esto nos encontramos.*

.....  
**Encarna Ayuso**

Instituto E. Mounier.  
 .....



Encarna Ayuso.

## 1. Introducción

Todo ser humano por serlo aspira a ser feliz, «el mayor y el más precioso de los bienes», según los sabios clásicos (Aristóteles, *Moral a Eudemo*, p. 126). Sin embargo, lo que todos desean no siempre es fácil de explicar, y por eso dice Aristóteles que «casi todo el mundo está de acuerdo en cuanto a su nombre, pues tanto la multitud como los refinados dicen qué es felicidad (eudamonia) y admiten que vivir y obrar bien es lo mismo que ser feliz. Pero acerca de qué es la felicidad dudan, y no lo explican del mismo modo el vulgo y los sabios». (Aristóteles, *Ética de Nicómaco*, I, 4, 1095 a 14-22).

Y así lo ha demostrado la historia; cada corriente de pensamiento, cada generación de hombres ha intentado llenar de contenido este concepto: felicidad como placer, como realización de la virtud más propia del hombre, como premio a la virtud, como vida conforme a la naturaleza, como utopía, como imposibilidad, son todas ellas respuestas que se han ido dando históricamente.

A partir del siglo XVIII con el desarrollo de las teorías utilitaristas y del capitalismo se va perfilando la felicidad como un excedente de bienestar, así es como lo consideraba Jeremy Bentham. Toda su escuela comprendía la moral como un balance, un «presupuesto de ingresos y gastos del que cada resultado debía darnos un excedente de bienestar».

Por lo demás las creencias neoliberales han conformado un nuevo *ethos* que tiene en el consumo su *modus vivendi*, la felicidad se identifica aquí con la seguridad y bienestar burgués; felicidad y ciencia han sido los ideales de los dos últimos siglos, nos dice Mounier. Bienestar que procede de una sobreestimación de los valores biológicos (la salud, la vida) y económicos (la utilidad, la organización). «Y esto procede de que están comprometidos, y de que una vez amenazados, trastornan todo el organismo humano. Para atender su urgencia actual no hay necesidad de sobrestimar su nivel. Como regla general hay que sacar al hombre de la miseria fisiológica y social para que acceda a los valores superiores, y es preciso denunciar el fariseísmo que le reprocha dejar de lado los valores cuando no le da siquiera los medios para acercárseles». (Mounier, *OO.CC.* III, p. 512).

«Nunca tendremos demasiada comprensión por el hombre que, por su miseria, no sabe imaginar la felici-

## FELICIDAD Y SENTIDO DE LA VIDA

dad humana más que bajo la forma de ese bienestar burgués del que se imagina que engendra condiciones automáticas de felicidad». (Mounier, *OO.CC.* IV, p. 85).

Es más, «el bienestar, o la felicidad, en el sentido de acumulación y de seguridad burguesas, son los antagonistas directos de la libertad espiritual tanto en las sociedades como en el individuo». (Mounier, *OO.CC.* IV, p. 90).

No hay condiciones automáticas de felicidad, pues todo lo bueno, lo grande, lo valioso está atravesado por el esfuerzo, por el trabajo del espíritu y del cuerpo, por el compromiso. Ni hay una felicidad objetiva y universalmente válida, de lo que se trata es de transformar este mundo y este hombre poco a poco a lo largo de las generaciones, aprovechando toda su energía para rectificar la marcha, este esfuerzo puede hacer felicidad, aunque quizás no la felicidad, ni toda ella (Carlos Díaz, *Eudamonia*, p. 184).

Por otra parte la felicidad se descubre, esto es, se va construyendo, y en este sentido es aquello que cada cuál debe forjarse, así pues, la felicidad/infelicidad cubren la vida entera de la persona, pues también ésta debe conquistarse, crecer, cada persona es responsable de «esculpir su propia estatua», de construir su personalidad, su biografía y modos de relación. Visto así, en cada acto, en cada elección se está configurando la propia felicidad/infelicidad.

En este contexto nos hacemos la siguiente pregunta:

### 2. ¿Puede el militante ser feliz?

Militancia y felicidad parecen conceptos que a simple vista no pudieran conjugarse. ¿Cómo atemperar la exigencia, el sacrificio, el deber, con el gozo, la alegría, la plenitud? Sin embargo, todos los que participamos en el Instituto no somos unos desgraciados, deprimidos, tristes, ni vivimos la vida con amargura, por tanto algo valioso tiene que haber, que nos atrae, nos seduce y nos quedamos, no para estarnos aquí contemplándonos, sino para crecer y trabajar por un deseo común, profundo, a saber, que sea respetada la dignidad de cada hombre, pues cada hombre alberga en su corazón la esperanza de un hombre nuevo, que conmocionará todo orden existente y creará una nueva humanidad. Este deseo compartido que es esperanza compartida es el que nos mantiene vivos cuando alrededor todo se va «muriendo».

Por tanto ¿cómo vivir la felicidad desde la militancia, desde el compromiso con otros en la transformación de unas estructuras y a la vez desde la conversión personal, a favor de una humanidad desgarrada, cómo ser feliz sin desentenderse de los otros?, ¿quiénes? Los que sufren sistemáticamente la injusticia. ¿Cómo encajar el mal sin perder la esperanza ni la capacidad de gozo? No es ésta una respuesta fácil.

El compromiso por combatir unas estructuras, un sistema que cotidianamente despersonaliza a los hombres, despojándolos de sus atributos personales y espirituales, agresivamente, por la gran cantidad de recursos técnicos, materiales, de conocimiento que emplean para ello, dejando indefenso al hombre ante tal vértigo, exige, coloca al militante personalista que quiere ser comunitario contracorriente absolutamente, contra viento y marea, cuando se trabaja en total soledad contra el espíritu de la época y los ídolos del tiempo.

Es necesario situarnos en este contexto de lucha, de vida difícil, pues ésta es la tierra del militante, para no llevarnos a engaño. Porque sólo desde este contexto se puede mantener la fidelidad a los valores y no caer seducidos ante el sistema que tratamos de combatir.

¿Felices, en esta lucha cotidiana, intensa? Felices nosotros porque hemos descubierto esa llamada a una misión universal, esa llamada que han sentido y sienten tantos hombres y mujeres a lo largo de la historia, y que no han pasado sin dejar huella, que no es otra cosa que el progreso del Bien, felices en este sentido. El descubrimiento de esta llamada es para nosotros «Buena Noticia».

La actividad militante, creemos, es una actividad felicitaria, en tanto moviliza las energías más positivas y creadoras del ser humano, la esperanza en el hombre nuevo, para que todos puedan ser más, amar mejor, y contemplar la incommensurable riqueza de los tesoros de belleza, verdad y bien que inunda el universo, contiene una poderosa carga utópica. Esto no quiere decir, como ya veremos, que no esté presente el sufrimiento, de hecho es una felicidad trágica, el gozo y el dolor, como el bien y el mal, van de la mano.

Ahora bien, no se nace militante, sino que, en la medida en que uno va creciendo y abriéndose a la realidad, va tomando opciones que comprometen su existencia.

Si «el ser de Aristóteles se dice de muchas maneras, y el ser de la felicidad también...», aunque por relación a una forma «común» (Carlos Díaz, *Eudamonia*, p. 184), podríamos hablar de una comunidad de experiencias vitales generadoras de felicidad.

### 3. Experiencias vitales

#### 3.1. Búsqueda de sentido

Nos dice Viktor Frankl que «al hombre de hoy, sin embargo, se le hace difícil cualquier orientación hacia un sentido. Tiene suficiente para poder vivir y, sin embargo, apenas sabe algo de aquello para lo que sería capaz de vivir. En una palabra, padece de un sentimiento de carencia de sentido. (...) Si el hombre encuentra sentido, entonces (...) incluso está dispuesto a renunciar, a asumir el sufrimiento, a hacer sacrificios, incluso a sacrificar su vida. Si

por el contrario, no conoce ningún sentido en la vida, entonces, la vida le importa un bledo, por muy bien que le vaya externamente..., a pesar del bienestar y de la abundancia». (Viktor Frankl, *Psicología humanista*, p. 45-46).

Las consecuencias de este vacío existencial (neurosis por ausencia de sentido) son variadísimas: unas afectan a las actitudes ante la vida y otras son psicopatológicas. Entre las primeras destacan el hedonismo compulsivo, el conformismo y el totalitarismo. Entre las segundas, lo que denomina Frankl la «triada neurótica»: adicciones, depresiones, agresividad.

Hoy los expertos señalan cómo en cada generación de adolescentes se multiplica su riesgo de depresión. La desestructuración del núcleo familiar, el concepto de competitividad y estilo de vida consumista parecen ser los factores causantes (*Diario Médico*, 17 de junio de 2002).

El sentido aparece como algo último y definitivo, capaz de proyectar luz sobre toda la existencia. Se trata de un horizonte de valores, de un para qué, que se descubre como camino para ir más allá de uno, para ir de uno mismo al otro, hacia la plenitud, hacia la radical superación en uno mismo (Xosé M. Domínguez, *Para ser persona*, p. 24).

Pero es también lo que unifica la vida, lo que la orienta, la hace plena. La vocación es una respuesta a esa realidad que descubrimos como valiosa. Mediante ella, la persona despliega todo su poder creativo a través de sus capacidades intelectivas, afectivas, volitivas, de relación con los demás, vive su proyecto de vida en un sentido o sentidos determinados (religioso, político, de compromiso social, científico, creativo, docente, artístico, familiar, etc.).

La vocación así entendida es en realidad una llamada a la felicidad.

El descubrimiento de la vocación, esto es, de la identidad más profunda de la persona, junto con la apertura a la trascendencia, es lo que confiere a la persona el sentido de su vida.

### 3.2. Madurar axiológicamente

No hay crecimiento de la persona sin referencia a unos valores, la vocación de la que hablábamos antes cobra todo su sentido desde unos valores a los que la persona se adhiere, es desde la vocación desde donde la persona elige unas posibilidades y niega otras.

La persona como realidad valiosa va desarrollando su escala de valores y de necesidades a la vez, no es lo primero lo uno sin lo otro; y esto se realiza comunitariamente, el niño despierta a los valores en la familia, en la escuela.

Nadie que no se reconozca como valioso podrá reconocer los valores, por la sencilla razón de que nadie da lo que no tiene. En consecuencia, difícilmente podrá esti-

mar verdaderamente a los demás quien carezca del menor sentimiento de autoestima.

Ésta es la razón por la que se necesita que la correcta escala de valores objetivos se corresponda con el correcto establecimiento de la jerarquía de necesidades subjetivas.

La persona madurada axiológicamente es la que ha sabido armonizar las necesidades subjetivas con una escala de valores objetivos pero también conoce y asume los límites, insuficiencias y miserias de la existencia. No por ello abandona el trabajo: lo hace con fidelidad y exactitud, pues el sentido de la vida está en el mismo. Es a esta clase de personas a las que se confía la existencia porque ya no tienen la ilusión del gran éxito, pero sí la fuerza de la resistencia; son capaces de realizar lo que tiene vigencia y perduración. Es el hombre soberano, capaz de dar garantía.

Cuando integramos todos los valores y los vivimos en armonía, nos encontramos en condiciones de ser felices, aunque la búsqueda de la felicidad armoniosa no carezca en ocasiones de sufrimientos.

### 3.3. Experiencia de comunidad. Sentido de pertenencia

El ser humano desde que nace crece en comunidad. La familia y la escuela son sus comunidades originarias, constitutivamente es un ser «en relación». Porque, sepámoslo o no, nuestra esperanza tiene su arraigo y fundamento en el amor que los demás nos regalan.

Dos acontecimientos clave se dan en la vivencia comunitaria:

- La persona se descubre como amada, la persona es porque otro la ha amado primero: aprende la capacidad de ser amado y la confianza en uno mismo. Da más fuerza sentirse amado que creerse fuerte. Aquí encontramos la comunidad primera, el encuentro entre yo-tú. Experiencia que comienza con la frágil invocación, con la desgarradora súplica ¡por favor!
- Apertura al otro, descubrimos la experiencia de la fraternidad, y como no puede haber fraternidad sin paternidad, nos encontramos con el Otro (experiencia creyente).

Las relaciones personales se abren a las relaciones comunitarias:

En la comunidad cada uno es tomado como persona, cada uno aprende el yo desde el nosotros, afirmándose así en el compromiso con los otros. Es imposible vivir comunitariamente al margen de las personas. Por eso, ni la fusión de la masa ni el individualismo de la mera asociación permite la comunidad de personas. El nosotros comunitario no nace de un desvanecimiento de las personas, sino de su realización.

## FELICIDAD Y SENTIDO DE LA VIDA

En comunidad se comparte la fragilidad personal de cada uno.

Dos fuerzas han de conjugarse en la comunidad: la del crecimiento personal, la de la libertad y personalización de cada uno, con la donación y adhesión a los otros. El amor sería el primer vínculo.

¿Cómo se concreta este vivir comunitario desde el nosotros militante? ¿Y en concreto desde el Instituto Emmanuel Mounier? Desde la acción institucional.

Caracteres de esta acción institucional (Carlos Díaz, *F.F.*, mayo 2002).

- Dedicación horaria a la institución personalista. Estar obsesionados y apasionados por la causa.
- Sacrificio, hacer sagrado. Si no sacralizas una institución profanas tu vida.
- Nutritividad. Aportar cada día el alimento suficiente a la institución.
- Depauperación. Estar preparados para el ninguneo de la sociedad por pertenecer a la institución.
- Fidelidad. La convicción de que a pesar de todo quiero morir en la institución.

Conjugar el *dolo ergo sum* con el *amo ergo sum*.

### 3.4. Experiencia del dolor, el mal, el sufrimiento

Decía Mounier que la alegría es inseparable de la vida valorizada, pero no lo es menos el sufrimiento, que, lejos de disminuir con el progreso de la vida organizada, se sensibiliza y se desarrolla a medida que la persona se enriquece de existencia. El bien y el mal en sus múltiples rostros están inevitablemente mezclados.

Descubrimos que el dolor, la limitación, no sólo afectan al mundo y a los otros, sino también a nosotros mismos, podríamos decir que en un doble frente:

- A nivel personal:
  - La propia participación en el mal, en el desorden que al mismo tiempo tratamos de combatir (primer paso para la revolución).
  - Tensión en la comunidad familiar, pues no siempre la militancia es una opción de la pareja, en este caso se produce un desgarramiento interno, una herida latente que nos resta fuerzas en el compromiso, vivimos tensionados.
  - También conocemos la enfermedad, la limitación física o mental, somos seres frágiles.
- A nivel del compromiso institucional:
  - Nos vemos frecuentemente asaltados por incapacidades personales para comunicar las ideas, actitudes como: la falta de convencimiento, no sé cómo hacerlo, no sirvo para eso, pensar que los libros son algo residual en la cultura de la imagen, pesimismo res-

pecto a que el ser humano pueda mejorar a través de la lectura, son todas ellas actitudes a combatir.

- Creemos con Mounier que la fuerza creadora del compromiso nace de la tensión fecunda que suscita entre la imperfección de la causa y su fidelidad absoluta a los valores implicados.
- Vencer las impotencias que conducen al aniquilamiento de la voluntad de la persona es también un reto.
- Nuestra felicidad es ésta: «hacer lo que se debe y querer lo que se hace». Aunque para ello hay que exponerse al sufrimiento, al dolor, a la persecución, al desprecio. Optimismo trágico lo llamaba Mounier. Pero esto no es tarea de un hombre solo, sino de una organización militante, y en esto nos encontramos.

### 3.5. Experiencia de fe

Todo este dinamismo de lucha ¿por pura voluntad de poder? No, por sobreabundancia de Amor, porque nos sentimos amados, nos sentimos bienaventurados, porque Dios ha salido a nuestro encuentro para restaurar el dolor de la humanidad.

De nuevo el maestro Mounier: «Nuestro compromiso está vacío si no está referido a un absoluto, a la trascendencia». Este Absoluto es el Amor que amó primero, es una presencia y una realidad personal que se sitúa frente al hombre, día-loga con el hombre.

Esta opción de abrirse a la confianza en el Dios Amor (trascendencia) como fundamento de lo dicho hasta aquí puede desconcertar a personas de buena voluntad increíbles, pero sólo desde esta confianza nos sentimos bienaventurados en el espíritu de las Bienaventuranzas del Sermón de la Montaña: se dicen felices a los que ahora gimen y padecen. Y ello no por exaltar el dolor y el sufrimiento, sino que, por ser éstos inevitables, sólo podrá ser enteramente feliz el hombre que dé la cara a la negatividad de su vida, no el que se esconde cobardemente del dolor, cerrando sus ojos a la realidad.

La felicidad plena está más allá del mismo dolor y de la muerte, no es mayor el dolor que la gracia, pero la felicidad para el creyente es una felicidad paradójica, pues no puede alcanzarla por sus propias fuerzas sino pasando por el misterio de la muerte y resurrección de Jesús.

Sólo desde esta confianza, nuestro compromiso no es el del héroe que quiere cambiar la humanidad, sino que, porque hemos recibido todo lo bueno, todo lo bello, porque llevamos un tesoro escondido en vasijas de barro, queremos darlo gratuitamente a favor de una «nueva humanidad con una nueva hombría». (Carlos Díaz, *Eudamonia*, p. 205-208)

Creemos que entre el reconocimiento de la gracia y la respuesta que el hombre da a esa llamada con su vida, transcurre la felicidad/infelicidad de los hombres.